

Luz de Viana (1)

Frenesi (2)



DIJO adiós con la mano, y luego se sacó el sombrero, un calañés que usaba inclinado sobre los ojos, donde quiera que estuviese: en la ciudad, en los campos. Ella permanecía inmóvil, estirado el brazo y apoyada su palma contra un árbol. Alejábase él con su cuerpo y su voz de hombre, e íbase a su siga la campiña, que era serena y fértil; la tarde había comenzado a caer y le cubría poco a poco de sombras. Ella estaba aún inmóvil, y cuando llegó él a la vuelta del sendero, oyó ella distintamente: ¡Filomena! el campo pareció reabsorberse todo en sí, como si se hiciese un alto de silencio para que la voz ¡Filomena! circulase de loma en loma. Ella apoyaba aún su mano contra el árbol, y el brazo estirado la convertía en una suerte de tutor del vegetal. No circuló su cuerpo entre las lomas combas, sino que anduvo errando con su mente por las viejas calles de su pueblo: no, no estaba allí don Jenaro, y se habían marchado en desposorio sus dos hijas, las dos mellizas que usaban crespos falsos y coloretos de fogón en las mejillas.

(1) En 1945 publicó «No sirve la luna blanca», libro de novelas y cuentos. Exhibía una interesante técnica, sin localismos, nutrida en autores franceses e ingleses, y orientada hacia el análisis psicológico. Ahora parece buscar lo vernáculo.

(2) Inédito.

¡Juan! . . . aquel había muerto, y ahora se iba este otro Juan por las laderas, muriendo también de cierto modo, como sabe el recuerdo fenecer. ¡Qué más daba que se marchase, con su calañés al través e inclinado sobre la frente!

Por el tronco comunicábasele algo extraño, como un estertor que pasase por sus dedos, a la manera de leves contactos eléctricos, y un calor en marejada iba anegándola poco a poco.

Aun estaba inmóvil, recordaba solamente, como si de pronto se hubiese puesto a mirar hacia atrás dando vuelta la cabeza: desde muy niña, desde que murió su madre, sintió que los brazos maternos le señalaban tiernas caricias, y llevada en ansiedad quería alcanzarlos; pero cada vez la visión de su madre estirada sobre el lecho, invadida por una muerte polvorienta, se interponía, y el recuerdo del olor acre que la envolvía, como un sudaria mefítico, le provocaban náuseas. Estaba sentada junto a lo muerta, con una varilla de sauce en las manos, e inesperadamente sintió un vivo deseo de golpearla, a la muerte, o a la madre inservible. Se sentía sola, porque ésta no supo defenderse de aquello que le invalidó sus fuerzas y le consumió la vida.

Tenía siempre apoyada la palma de la mano contra un árbol y la mirada fija. De lejos se oía una carreta; las ruedas pesadas daban trastabillones sobre las piedras, hundidas en el polvo; ya se aproximaba; los vacunos andaban a compás, babeando, con las cabezas colgantes y humilladas; oyó el estertor de los ejes y el arre de la voz del hombrecillo que la precedía dando de picanazos en los lomos de las bestias. Era Belisario, su antiguo enamorado, que ella había desoído porque le gustaban pijecitos, de cintura ajustada dentro del terno correcto. De niña, fueron con Belisario juntos a la escuela rural, y él le decía que más tarde sería su novio; pero después, cuando terminaron los estudios primarios, don Jenaro, que la protegía, quiso educarla como a una señorita, y siguieron bordando su mente de inoficiosos conocimientos, cultivados éstos como plantas en conservatorios recalentados. Supo tantas cosas: de cómo vivían

las abejas, de cómo los coloreados dibujos geográficos se levantaban en los países tropicales en acantilados que cargaban mesetas pobladas de moradores con visiones somníferas; y supo del extravío de los artistas tras la secreta revelación, y del odio perenne de los hombres entre ellos.

Frente a ella, el hombrecillo bajó la vista; iba, como el de la guaripola, dirigiendo su tronchado destino.

Ella lloraba aún a Juan, a ese otro novio que tuvo hasta que este Juan se acercó donde ella. Al principio no lo vió recordando al otro, no lo miró, ni siquiera levantó sus ojos hacia él; pero una tarde oyó su nombre por primera vez: ¡Juan! y ella estiró su mano; así tomados salieron por los campos. El le habló de casorio, y ella cansada quiso ensayar otra vida, quiso tentar la dicha en la tranquilidad del hogar y la familia, y por las tardes salían tomados de las manos; él con el calañés sobre la frente, diciendo a través de sus labios palabras de ardor; sólo las palabras le recalentaban a ella la espina dorsal, como una corriente de fuego.

Aquella tarde venía Juan en su busca y le dijo: «¡Vamos Filomena!»

Habían convenido hacer los trajines del desposorio, y Filomena le aguardaba dentro de la casa de su hermana, la mujer del jefe de estación. Pero se había clavado a su asiento, y vió acercarse a Juan como un forastero; no pudo moverse.

Juan le tiraba por las manos: «¡Vamos, Filomena!»

Ella le miraba con la mirada perdida, con la boca entreabierta, con la respiración lenta y espaciada; le miraba como a un extraño: Juan llevaba un hombro más alto que otro, tenía tic en un ojo, y usaba el calañés dentro de la habitación, inclinado sobre la frente. Ella sintió de pronto una raíz tremenda que le amarraba a la tierra, la raíz de un árbol que fuese a desplomarse y que creciese en ramas profundas, en ramas táctiles bajo el suelo, en extremos de ventosas adheridas a las capas hondas para defenderse.

La voz de Juan dijo: «¡Vamos, Filomena!» Pero entonces debió él de sentir algo que esclareció su mente, porque no dijo más, sino que salió muy lentamente de la habitación, y cuando ya estuvo fuera y se puso en marcha sobre esa carretera tan alargada que terminaba en punta de triángulo, entonces dió vuelta la cabeza y la vió a ella ahora apoyada su mano contra el árbol, inmóvil como un calco de persona estampado en el aire. El le dijo adiós con la mano, y por primera vez se sacó el sombrero, ese calañés que se había identificado a su persona.

La tarde estaba aún quieta, sin declinar del todo; aguardaba. Ella aun no movía su palma del tronco del árbol. Los ejes de la carreta chillaban en los trastabillones de las ruedas, ya distantes, pero aun perceptibles. Entonces sintió con más violencia una corriente venida del vegetal, a través de sus dedos, una corriente que le quemó su espina dorsal y se desparramó en irisaciones hasta circularle por las venas, y un frenesí se apoderó de ella; una voz estrangulada arrancó de sus labios, y avanzó ahora gritando y saltando por la carretera:

—¡Belisario, Belisarioooo! ¡aquí estoy, Belisario, aguárdame!
¡¡Belisariooooo!! ¡Soy tuya, me voy contigo! ¡¡Maldita bestia!!

Y la tarde desparramó su tinta oscura, cubriéndola como a una pared, y ahogó su voz entre las sombras.